



PRIMERA PARTE

LA BODA

CARTA PRIMERA.

UN TROUSSEAU.

Abril 8 de 1872.



He recibido tu carta, y en ella la cordial enhorabuena que me envías; y como sé la parte que tu amistad toma siempre, lo mismo en mis desgracias que en mis prosperidades, me apresuro á escribirte, para que tú lo hagas de nuevo, dándome el pésame.

No creas que la muerte ha venido á sorprenderme en medio de mi felicidad, cortando el hilo de mis días; no, vivo; te aseguro que vivo. Tampoco debe atormentarte la idea de que una repentina viudez haya enlutado el alegre día de mi

boda. No, Elisa vive también, llena de salud y resplandeciente de hermosura, con sus magníficos rizos rubios, con sus frescas mejillas, con sus labios de púrpura y con sus grandes ojos azules. La muerte no se ha atrevido, ni con mi felicidad, ni con su belleza: los dos vivimos.

En honor de la verdad, nuestra boda ha sido esplendorosa; Elisa estaba encantadora, y su *trousseau* es magnífico; ¡oh!, es el *trousseau* de una reina. Nos ha felicitado medio mundo; han asistido á nuestros desposorios los personajes más importantes y las celebridades más en boga.... ¿Lees periódicos?... Pues en ellos habrás visto el estrépito que ha causado en el mundo mi felicidad. Elisa guarda como oro en paño las descripciones de la fiesta, en las que ella es objeto de inagotables alabanzas. Tú no la conoces; pero si has hojeado los periódicos de estos días, sabrás al dedillo el inventario de sus encantos, y eso que tuvo que partir la celebridad con la última corrida de toros, con un acróbata, con una prestidigitadora, y hasta con los misteriosos asesinos de la calle del Arenal, personajes y sucesos que se disputaban el fácil favor de la atención pública.

¿Y qué me dices de su *trousseau*? En tu carta de enhorabuena guardas silencio acerca de este punto interesante de mi espléndida boda. ¿Es posible que no hayas visto en los periódicos la interminable lista de este almacén suntuoso? Si es así, tú, mi íntimo amigo, eres el único mortal que á

esta fecha ignora el número de camisas que tiene mi mujer. No, mi mujer no, mi cara mitad...., mi hermosa Elisa.

Quince días ha estado expuesto á la admiración de las gentes, y Madrid se ha despoblado por verlo, y con razón, porque es un verdadero museo de encajes y batistas, de seda, de lazos, de cintas, de adornos y de joyas. ¡Qué faldas!.... ¡Qué sobrefaldas!.... ¡Qué cogidos!.... ¡Qué chambras!.... ¡Qué peinadores!.... ¡Cuántas perlas!.... ¡Cuántos diamantes!.... Te aseguro ingenuamente que yo mismo me sentía admirado ante esta lujosa prenda. Las mujeres se hacían lenguas.... ¡Ah! El *trousseau* de Elisa ha obtenido un éxito completo; sobre todo los *polissones* han hecho furor; son, por lo visto, de un grande efecto.

¿Crees que falta algo á la felicidad á que tenemos derecho sobre la tierra?... ¿No te parece que soy el hombre más feliz del mundo?... ¿Puede ser más esplendorosa la aurora de mi dicha?... No obstante, apresúrate á escribirme una carta de pésame.

No vayas á creer que una operación desastrosa ha puesto en peligro mi fortuna; porque has de saber que está muy lejos de eclipsarse la estrella de mis prosperidades; el dinero se multiplica en mi gaveta de un modo prodigioso, y aun esto sería lo de menos, porque Elisa es rica. Pero, ¡bah!: te veo sonreír maliciosamente, sospechando que he encontrado en ella defectos de carácter, defectos de

educación. Lo menos te imaginas que me he casado con una harpía...., con una hermosa furia, capaz de arañarme con sus dedos sonrosados y sus uñas de nácar á cada triquitraque. ¡Oh! ¡qué chasco te llevas! Elisa es suave como la seda y dulce como la miel. Por lo que hace á su educación, no puede ser más esmerada: dibuja medianamente, toca el piano con bastante buen gusto, y habla en francés, en inglés y en italiano. ¿Qué te parece?... Posee tres lenguas, sin contar la española, que la usa lo menos posible y siempre á medias.... En historia sabe los hechos más interesantes, aquellos que la literatura ha extendido en dramas, en novelas y en libretos de óperas, y añade á esto cierta arqueología suntuaria, pues por los trajes conoce las épocas, lo cual hace sumamente amena su conversación en punto á modas. Respecto á geografía, te puedo asegurar que tiene en la uña todos los lugares de recreo que ofrece Europa al gran mundo en las diferentes estaciones del año. Su trato es correcto, fino y amable; sabe presentarse, sabe sonreírse, es afectuosa y seria, mira con majestad y habla con lentitud. ¿Qué más quieres?... ¿No es un prodigio esta bella criatura á quien acabo de unirme para siempre?... Pues bien: insisto, coge la pluma, y con las frases más consoladoras que encuentres en el diccionario de nuestra antigua amistad, escríbeme el pésame.

La noche de la boda sufrí un tormento semejante al del naufrago que, cerca de la playa, lucha con

las olas que lo acercan y lo alejan con cruel complacencia. Así fluctuaba yo en medio del concurso que invadía los salones, sin poderme acercar á Elisa, de la cual me separaba el magnífico oleaje del mundo que se agitaba entre nosotros, mundo alegre, muy alegre, tan alegre, que parecía ser él el que se casaba.

Elisa me pertenecía ya por el doble vínculo de la religión y del amor; era mía ante Dios y ante los hombres, y, sin embargo, yo no podía acercarme á ella, porque lo estorbaba aquella brillante concurrencia que había acudido á participar de nuestra dicha. No me era lícito mirarla sin provocar sonrisas equívocas, y no me sentía con ánimo bastante para poner mi amor en berlina.... Tú hubieras hecho lo mismo.

Pero ni en aquel momento me abandonó mi fortuna, porque apelé al recurso de devorar mi impaciencia apoyándome sobre el mármol de una chimenea, y desde allí mis ojos distraídos se fijaron en la luna de un espejo, de tal manera colocado, que retrataba en él la imagen de Elisa. ¡Qué feliz combinación!.... Podía verla sin mirarla.... El brillo del cristal formaba alrededor de su cabeza una especie de aureola que aumentaba las severas líneas de sus facciones, dando á la limpia blancura de sus hombros desnudos el resplandor de la aurora. Nunca la había visto tan fantástica, tan vaporosa, y, si me lo permite tu intransigencia, tan inmaculada. Dime tú, filósofo de mogollón, poeta de tres al

UNIVERSIDAD
BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

cuarto, literato de pacotilla, y, sobre todas las cosas, querido amigo mío; la tibia luz con que los ojos ven el día de la boda, ¿es el crepúsculo de la mañana, ó el crepúsculo de la tarde?... ¿Es que amanece, ó es que empiezan las obscuridades de la noche?... ¿Es que salimos á la vida, ó es que nos ocultamos en ella?

Elisa se hallaba rodeada de sus más íntimas amigas, bellas compañeras que había sabido elegir entre las jóvenes más elegantes y más opulentas de la buena sociedad. Puedo asegurarte que estas risueñas criaturas formaban á su alrededor una guirnalda de flores. Yo devoraba el cristal en que se movía este bello cuadro, estudiando con amorosa estética la expresión dominante en el rostro de Elisa. Á través de la indolencia de que parecía poseída, creía yo distinguir en su frente vagos reflejos de oculta alegría, de la misma manera que adivinamos la presencia del sol, á pesar de las nubes que lo velan; en sus ojos, que giraban indiferentes, sorprendía yo relámpagos fugitivos, semejantes á los que brillan en el horizonte en las noches más serenas del estío.

Imaginate si sería dichoso en aquella contemplación que hasta ella misma ignoraba; pero como no hay en el mundo dicha completa, amargó la dulzura de mi delicia una observación impertinente. Te doy permiso para que te rías de mí; pero me mortificaba la idea de que sus ojos no me buscaran entre la multitud que bullía en los salones, para

dejarme ver á hurtadillas una dulce mirada. Ni una vez siquiera noté en ella inquietud ni impaciencia; pagaba las lisonjas con sonrisas; sus ojos no buscaban á nadie. ¡Qué tontería! ¿Acaso no hacía yo lo mismo? Ó, por lo menos, ¿no aparentaba la misma indiferencia? ¿Quién habría sospechado que en aquel instante recreaba yo mis ojos viendo su imagen reproducida en la luna del espejo? Nadie, y, sin embargo, la contemplaba con el dulce afán del que ve asomar en el azul del cielo las primeras claridades del día en que se van á cumplir todas sus esperanzas. ¿No podía ella, á su vez, contemplar mi imagen, grabada en el espejo de su corazón? Esta tierna advertencia tranquilizó mis pasajeras inquietudes, y volví á ser dichoso. No obstante, escribeme el pésame sin pérdida de tiempo.

Una de las bellas criaturas que se hallaban cerca de Elisa, acercó sus movibles labios á los oídos de la que acababa de unirse conmigo para siempre, y dejó caer en ellos algunas palabras. La fisonomía de esta muchacha, fresca como una primavera y picante como el mes de Julio, tomó, al hablar secretamente con Elisa, la expresión más picaresca del mundo. Frunciendo sus hermosas cejas negras y entornando los ojos, dejó vagar por su boca de marfil y de púrpura una sonrisa celestial; no, no, una sonrisa de todos los demonios.

¿Qué le dijo?... No lo sé, porque no me he atrevido á saberlo, y estoy seguro, además, de que habría sido inútil preguntarlo. En aquel instante

habría dado la mitad de mi vida porque el espejo, de la misma manera que reflejaba las imágenes, hubiera reflejado las palabras; pero la luna, muda, sólo pudo advertirme que hablaban, y que hablaban en secreto.

Jamás he sido curioso; tú sabes bien cuán poco me interesan las cosas que no me importan; pero en esta ocasión sentí la más viva curiosidad, y hubiera apostado una buena parte de mi fortuna á que era yo el objeto de aquella secreta confidencia. ¿Habría observado la amiga de Elisa que yo las espía al través de la luna del espejo?... No debió ser así, porque mi cara mitad no se dignó levantar los ojos para comprobar por sí misma la observación. En cambio, tomó su semblante una expresión de desdén indecible, su preciosa boca se frunció de un modo deplorable, perdiendo toda la gracia de sus finos contornos. Yo experimenté una impresión penosa, la misma que habría experimentado si al coger una hermosa flor, hubiera sentido en mi mano el frío contacto de una culebra.

¿Hablaban de mí?... Entonces era yo el objeto de aquel gesto horrible, de aquella demostración despreciativa. Pasó por mi corazón una nube sombría llena de rayos y centellas.

Conozco muy bien la vehemencia de tus juicios, y sé que al leer estas líneas me llamarás insensato. Muy bien: pega; pero escucha:

Poco á poco se fué disipando la concurrencia, y comenzaron á desahogarse los salones. La amiga

de Elisa no quiso abandonarnos sin venir á saludarme. Me dió su correspondiente apretón de manos, y me dijo:

—Amigo mío, el *trousseau* es magnífico.

Diciendo esto, me miró con ojos compasivos, y me volvió la espalda. Aquella compasión aumentó mis confusiones. Por lo demás, la lisonja que acababa de oír no me ofrecía gran novedad, porque durante toda la noche me había visto obligado á escuchar á cada momento la misma frase en variedad de tonos. Real y verdaderamente, tenía ya un *trousseau* en la boca del estómago: te hablo con sinceridad: estaba ya de *trousseau* hasta el moño, y no pude menos de exclamar interiormente: — «¡Maldito *trousseau*!»

Antes que se retiraran los últimos convidados, busqué á Elisa; pero Elisa había desaparecido de los salones.

Al fin me encontré sólo, y respiré: ya era tiempo de que yo también me retirara. Sin embargo, no quise pecar de indiscreto, y me propuse esperar algunos minutos, dejándome caer sobre una butaca, cansado, pensativo y triste.

No era cosa de que allí me sorprendiera el día, y, créeme, haciendo un esfuerzo, atravesé el salón en que me hallaba, y me dirigí á un gabinete de paso, que conducía á las habitaciones que Elisa había elegido. La puerta del gabinete se hallaba cerrada; yo empujé suavemente, y entré.... Era la pieza en que todavía se hallaba expuesto el *trous-*

seau.... Toda aquella riqueza me salía al paso, interponiéndose entre Elisa y yo. Pero esta carta ha crecido demasiado bajo la pluma, y voy á cerrarla sin concluirla.... Mañana sabrás lo restante, y, entretanto, no seas perezoso, y apresúrate á mandarme el *pésame*, como te apresuraste á enviarme la *enhorabuena*. »

Después de leer varias veces esta carta, la guardé dentro del mismo sobre en que la había recibido, y con no poca impaciencia me resigné á esperar el correo del día siguiente.

CARTA II.

LA DORMILONA, LA BATA Y LAS BABUCHAS.

Abril 10 de 1872.

« Me vi envuelto en una nube de gasas, de cintas, de batistas, de encajes y de sedas; los estuches, abiertos, dejaban escapar los mil resplandores de las piedras preciosas, y los rayos amarillos del oro brillaban de la manera que brillan los rayos del sol entre nubés resplandecientes.

No lo vas á creer; me detuve sorprendido. No era la primera vez que veía el *trousseau* de mi encantadora Elisa, ó, mejor dicho, no era la primera vez que este fausto de nuestra boda se presentaba delante de mis ojos; mas, ó no había reparado bien en sus ricos pormenores, ó es que en el momento de que te hablo se hallaba mi espíritu más en disposición de apreciar toda su riqueza y todo su buen gusto.

Después de haber tenido los ojos cerrados por algún tiempo, nos parece la luz más viva y más brillante, y sin duda los resplandores del *trousseau* se destacaron entonces más fuertemente sobre las obscuridades de mis pensamientos. El caso es que experimenté una especie de deslumbramiento, más